

SILVIA GARCÍA RUIZ

*Mi príncipe  
canalla*



**Silvia García Ruiz**

Mi príncipe canalla

Esencia/Planeta

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Silvia García Ruiz, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017, 2019

Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)

[www.esenciaeditorial.com](http://www.esenciaeditorial.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Imagen de la cubierta: Shutterstock

Primera edición en Colección Booket: julio de 2019

Depósito legal: B. 11.701-2019

ISBN: 978-84-08-21365-9

Composición: Planeta Realización

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

*Printed in Spain* - Impreso en España

## Capítulo 1

Todas, en alguna ocasión, nos hemos enamorado de ese chico que a nuestros ojos es un príncipe perfecto, aunque en realidad pocas llegamos a darnos cuenta de que esto no es cierto. Me enamoré a los trece años del hermano mayor de una de mis compañeras de clase, un chico unos tres años mayor que yo, por lo que nuestro amor a esa edad era simplemente imposible.

Se trataba de algo más bien platónico. Yo, una chica gordita, tímida, con gruesas gafas, innumerables pecas y un pelo que, para mi desgracia, era de un llamativo color rojo y que siempre llevaba recogido en unas sosas trenzas porque, si no, se me encrespaba, amaba con locura a un muchacho al que observaba e idolatraba desde la distancia.

Josh Lowell, a sus dieciséis años, con sus rubios cabellos, sus intensos ojos azules y su seriedad, era un adolescente que hacía que todas las jóvenes cayeran a sus pies. En mi opinión, era perfecto en todo: destacaba en los deportes, aunque prefería dedicar todos sus esfuerzos a los estudios, ya que su sueño era llegar a ser médi-

co. También era un alumno aventajado, integrante del cuadro de honor y, ¡cómo no!, era el representante de los estudiantes.

Todo esto hacía que siempre estuviera rodeado de chicas que lo admiraban e intentaban convertirse en su próxima novia, por lo que acercarme a él para que notara mi presencia era algo simplemente inútil. Además, ¿qué adolescente que se precie se fijaría en una chica regordeta si estaba siempre rodeado de bellezas?

Por suerte para mí, Josh había decidido centrarse en sus estudios, por lo que siempre rechazaba amablemente a todas las mosconas que lo rodeaban. Por otro lado, y para mi desdicha, yo simplemente no existía para él..., hasta ese maravilloso día en que descubrí que los príncipes de cuento de hadas no son siempre parte de nuestra fantasía, y que en algunas ocasiones existe ese héroe que sale en nuestra defensa y nos hace sentirnos como una princesa cuando hasta el momento éramos simples ranas.

Desafortunadamente, aunque Josh no se hubiera percatado de que yo lo seguía todos los días abrazada a mi carpeta —donde guardaba un montón de recortes de imágenes suyas de cuando salía en alguno de los periódicos del instituto—, la infinita multitud de alocadas féminas que lo idolatraban sí se había dado cuenta de mi presencia y, para ellas, que alguien como yo fuera detrás de un chico como Josh Lowell era todo un pecado.

Uno de esos días en los que mi naricilla curiosa se escondía detrás de algún rincón del instituto, después de haber dedicado parte de mi tiempo libre a observar cómo corría Josh en clase de gimnasia haciendo las pruebas de resistencia en carrera que yo nunca llegaba

a superar, fui acorralada en mi pequeño escondite por algunas de mis compañeras de clase, compañeras que nunca hasta entonces se habían dignado a dirigirme la palabra, acompañadas de chicas de otros cursos, igual de presumidas, que pensaban que Josh simplemente era de su propiedad.

—¡Os dije que esta rata de biblioteca se encontraría aquí, acosándolo, como siempre! —exclamó acusadoramente una de las chicas de mi clase que siempre había envidiado mis excelentes notas, pero ¿acaso era culpa mía que ella fuera idiota?

—No estoy haciendo nada malo, ¡ni siquiera me he acercado a él! —dije mostrando lo evidente, ya que era algo estúpido molestarse por mi presencia cuando el hombre al que amaba ni siquiera sabía que existía.

—¡Pero lo molestas! —expuso otra de las fanáticas seguidoras de Josh, seguramente con el mismo nivel de inteligencia que mi querida compañera de clase, o sea, ninguno.

—¿Cómo puedo molestarlo desde aquí? —pregunté a esas necias que se empeñaban en alejarme del chico que me gustaba.

—¿Te estás haciendo la listilla conmigo? —preguntó a su vez una de las chicas mayores, que pertenecía a la clase de Josh.

—No, sólo estoy señalando lo obvio —repuse con impertinencia, colocando mis gafas en su lugar para asegurarme de observar con atención a la chica que me acosaba.

Por lo visto, mi gesto fue tomado como un insulto a su inteligencia, algo que si hubiera sido más valiente no habría dudado en hacer, pero como solamente era una temerosa y gordita preadolescente terriblemente

tímida, apenas podía contestar palabra alguna sin que todo mi cuerpo comenzara a temblar.

—¿Quién te crees que eres? ¡Sólo eres una niña gorda y estúpida! ¿De verdad piensas que él llegará a fijarse alguna vez en ti, teniendo a chicas como yo a su lado? —se jactó una de las chicas considerada de las más guapas del instituto únicamente porque ya le habían crecido las tetas—. Te aviso de que no quiero verte nunca más rondando a Josh, y si veo tu naricilla pecosa o tus horrendos cabellos rojos cerca de él..., ¡prepárate para recibir tu merecido! —me amenazó mientras agitaba despectivamente su melena e ignorándome a continuación, porque mi presencia, ya fuera para ellas o para Josh, no tenía la más mínima importancia.

Podría haberlo dejado así, haberme alejado del chico al que amaba y haberle concedido una victoria a esa bonita arpía a la que yo sabía que nunca llegaría a igualar. Pero algo se revolvió dentro de mí, rebelándose hacia lo que era evidente, protestando. ¿Por qué las cosas tenían que terminar siempre de la misma manera y los hombres que valían la pena acababan siendo embaucados por mujeres tan malas pécoras como ésa? Ni siquiera yo sé de dónde saqué la voz para enfrentarme a esa chica tres años mayor que yo y bastante intimidante al estar rodeada de su grupo de amigas. Pero lo hice y, mientras ya se alejaban, grité a pleno pulmón:

—¡Cuando crezca voy a conseguir que Josh Lowell se fije en mí, y ni tú ni tus tetas podréis hacer nada por apartarlo de mi lado!

Después de decir eso quise esconderme en algún rincón para no recibir una paliza, pero como ya era demasiado tarde para mí, simplemente observé, atemorizada y sin poder mover ningún músculo, cómo la chica se

acercaba de nuevo lentamente para poner fin a mi, hasta ese momento, alegre vida de instituto.

Creo que confundió mi miedo con valentía, ya que miró un tanto asombrada cómo mis ojos hacían frente a sus acciones. Cuando alzó la mano para cruzarme la cara de una bofetada, yo cerré los ojos a la espera del dolor que se había granjeado la insolencia de mis palabras, algo que indudablemente una no medía cuando estaba enamorada.

Sorprendentemente, el dolor de ese castigo, que no me merecía pero del que otras me creían merecedora, nunca llegó a mí. Y, cuando abrí los ojos, allí estaba el maravilloso Josh Lowell, sujetando la mano hostigadora de su compañera y aleccionando a todos con sus sabias palabras:

—No creo que sea muy justo que golpees a una chica menor que tú, Mabel, por muy insultantes que creas que son sus palabras.

La joven me dedicó una mirada furiosa advirtiéndome de que mi vida a partir de ese momento sin duda se convertiría en un infierno. Luego simplemente se alejó de nosotros, aunque no sin antes declarar despectivamente:

—Vámonos, chicas, ¡no vale la pena!

Tras ello, atusó nuevamente su hermosa melena rubia, de la que yo siempre tendría envidia, y se alejó de nosotros dejándonos solos. Mi temblorosa voz apenas pudo contestar a las bondadosas preguntas de Josh cuando se preocupó por mí como nadie antes lo había hecho.

—¿Te encuentras bien? —inquirió acercando su rostro más al mío hasta que pude ver de cerca la intensidad de esos hermosos ojos azules que tanto me atraían.



—Sí..., gracias —tartamudeé nerviosamente mientras seguía apretando con fuerza la carpeta contra mi pecho sin creer aún que estuviera hablando con el chico al que tanto adoraba.

—Debes tener cuidado. Nunca te metas con chicas mayores si sabes que llevas las de perder —me aconsejó Josh, mostrando algo que, aunque para mí era evidente, para mis revoltosas hormonas, encaprichadas de él, no lo había sido tanto.

Después de esa advertencia, cuando uno de sus compañeros de clase reclamó su atención, se apartó de mí.

—Estoy impaciente por ver cómo consigues llamar mi atención cuando crezcas... —dijo por último, sonriendo ladinamente y guiñándome un ojo antes de alejarse, mostrándome una faceta de su personalidad que nunca había enseñado a nadie, algo que me hizo sospechar que, en definitiva, Josh no era el niño bueno que todos creían.

Mientras se marchaba, no puede resistirme a declarar neciamente a su espalda mis más profundos sentimientos.

—¡Te amo! —grité a pleno pulmón.

Una confesión que todos en el instituto parecieron oír, pero que Josh simplemente desatendió, siguiendo su camino. Aunque algún día..., algún día conseguiría que él nunca pudiera ignorarme.

Molly era la hija menor de los cinco niños que formaban la extensa familia de los Peterson. Desde su llegada a Whiterlande con tan sólo trece años, Molly había disfrutado de una estable vida en ese pequeño y recóndito lugar. Ahora, con quince, tenía decenas de amigos y no

quería marcharse de ese singular pueblo, ya que el hombre de sus sueños se encontraba en él.

Los Peterson eran una familia muy unida que con gran frecuencia se mudaban de domicilio debido al empleo del padre, Randy Peterson, relacionado con la protección de destacados famosos o alguna que otra personalidad importante. La agencia de guardaespaldas para la que trabajaba Randy, un hombre de rudo aspecto y escandalosos cabellos rojos, constantemente le hacía nuevos encargos, y en aquéllos de más larga duración no dudaba en llevarse consigo a sus hijos y a su adorada esposa Danna, a la que tanto amaba.

Danna, por su parte, un ama de casa rolliza y morena, se encargaba de mantener a todos sus hijos unidos, a pesar de las constantes disputas que podían aparecer en un hogar con cuatro varones igual de testarudos que su padre. No obstante, pese a lo rudos y gruñones que podían llegar a ser los hombres de esa endiablada familia, todos y cada uno de ellos tenían una debilidad: la pequeña y dulce Molly, a la que adoraban.

Fuera a donde fuese, Molly Peterson siempre tenía tras de sí a cuatro varones sobreprotectores que no permitían que nadie osara acercarse demasiado a su linda hermanita. Y, aunque para el resto del mundo esa chica únicamente era una insulsa rata de biblioteca, para sus hermanos, Molly siempre sería la cosita más dulce que habían visto jamás desde que su madre la presentó amorosamente en el hospital a sus hermanos, recordándoles que siempre deberían protegerla.

Por lo visto, los hombres de la casa se tomaron muy en serio esas palabras, y desde el más pequeño y revoltoso de los hermanos, Jessie, con el que Molly se llevaba solamente tres años de edad, hasta el más serio

y mayor de todos, Aidan, con quien la brecha de edad apenas era de cinco, y, por supuesto, pasando por los encantadores gemelos Julian y Jordan, cuatro años mayores que la princesa de la casa, todos y cada uno de ellos sobreprotegían a su querida hermana. Un gesto muy tierno que hacía que Molly se sintiera orgullosa de sus hermanos y los viera a todos como sus héroes durante su infancia, pero también una actitud muy asfixiante para la adolescencia, cuando la que hasta entonces había sido una regordeta niña con gafas en la que nadie se fijaba comenzaba ahora, a los quince años, a mostrar indicios de que se convertiría en una hermosa mujer.

—¿Qué se supone que estás intentando hacer, Molly Peterson?! —preguntó Aidan, bastante enfadado, mientras veía cómo su hermana bajaba torpemente por el árbol que había junto a la ventana de su dormitorio.

—Te dije que había que talar ese árbol —apuntó Julian, mirando irritado cómo su hermana pequeña volvía a utilizar el viejo roble como escalera a pesar de ser tremendamente torpe.

—¡Baja ya de ahí! ¡Te vas a romper el cuello! —gritó exaltado Jordan cuando Molly perdió pie durante unos segundos en su alocado descenso.

—¡No! ¡Me niego a bajar si no cambiáis de opinión y me dejáis ir a dormir a casa de mi amiga! —replicó ella, acomodándose finalmente en una de las ramas del inmenso roble, pensando que, por una vez en la vida, podía ganar a sus testarudos hermanos—. ¡No sé por qué tenéis que prohibirme salir si mamá ya me ha dado permiso!

—Porque es muy sospechoso que no hayas hablado de esa fiesta de pijamas hasta el último momento, cuan-

do nuestro padre ha tenido que irse de viaje —contestó Aidan, sospechando cuáles podían ser las segundas intenciones de su hermana y sus revoltosas hormonas, que a lo largo de su adolescencia los estaban volviendo a todos locos.

—Simplemente se me olvidó —se justificó Molly, jugando nerviosamente con su cabello, algo que, sin que ella lo supiera, era un gesto que siempre delataba sus mentiras ante sus hermanos.

—Sí, claro, la chica que siempre tiene sus días programados al detalle, y que incluso lleva nuestras agendas para que no nos olvidemos de nada, no ha recordado la fiesta de su amiga hasta el último momento... —señaló irónicamente Julián, dudando de cada una de las nerviosas palabras que Molly exponía ante ellos.

—Además, ¿se puede saber qué narices llevas pues-to? —interrogó Jordan, señalando la atrevida indumentaria de su hermana, que hizo que todos y cada uno de ellos fruncieran el ceño a la vez que gruñían su desaprobación.

—¡Por Dios, Jordan! ¡Sólo es una camiseta de sport y unos pantalones cortos! —contestó Molly entre suspiros de resignación ante la hipocresía de sus hermanos, pues a éstos les encantaba que las chicas con las que ellos salían lucieran ese tipo de prendas.

—¡La camiseta es demasiado pequeña: enseña el ombligo! Y los pantalones cortos son...

—¡Demasiado cortos! —finalizó Aidan las indignadas palabras de Jordan.

—¡A esto se le llama moda! —protestó Molly ante las intransigentes palabras de sus hermanos, que no la dejaban avanzar en el período de su adolescencia.

—¿Y qué hay de ese mensaje tan provocativo que lle-

vas en ella? —preguntó Julian, exponiendo una nueva queja ante la provocativa vestimenta de su hermana.

—«Soy lo mejor que puede llegar a pasarte en la vida» —leyó Molly, comenzando a pensar que tal vez se había pasado un poco con la elección de su vestuario. No obstante, se negaba a cambiarse de ropa, ya que ése era el mensaje exacto que quería hacer llegar al hombre de sus sueños, que hasta el momento no hacía otra cosa más que ignorarla—. ¡Por Dios! ¡Sólo es el mensaje de una de tantas camisetas hechas en serie! ¡Ni siquiera me fijé en lo que decía cuando la compré! ¡Deberíais sentir os avergonzados por pensar que tengo segundas intenciones, cuando lo único que quiero hacer esta noche es entretenerme con la compañía de mis amigas! ¿Es que ni siquiera vais a dejarme disfrutar de la corta amistad que puedo tener con alguna de las chicas de este pueblo antes de que nos vayamos como siempre hacemos por el trabajo de papá? Sólo quiero salir con mis amigas, y si seguís presionándome con acusaciones infundadas, os acabaré odiando... —declaró apasionadamente Molly, comenzando a mostrar sus falsas lágrimas, algo que nunca fallaba cuando se trataba de sus hermanos.

Pero cuando todos y cada uno de ellos empezaban a arrepentirse de sus actos, Jessie, que hasta ese momento no había hecho acto de presencia en esa estúpida disputa, sacó la cabeza por la ventana del cuarto de su hermana pequeña y, agitando triunfalmente ante todos los recortes de unas fotos que Molly siempre guardaba con el mayor celo, gritó a pleno pulmón:

—¡Ya sé por qué quiere ir a casa de Elisabeth Lowell!

Molly escaló lo más rápidamente que pudo el dichoso árbol con la idea de recuperar su preciado tesoro,

mientras sus hermanos se adentraban con rapidez en la casa en busca del motivo que explicase el inusual comportamiento de su tierna hermana desde que había cumplido los trece años.

Cuando Aidan, Julian y Jordan entraron en la habitación, hallaron a Molly dando pequeños saltitos mientras Jessie se burlaba de ella alejando los papeles de su alcance. Aidan, decidido, le arrebató los recortes de periódico a su hermano y les mostró a los gemelos lo que en éstos había.

—Es Josh Lowell, uno de mis compañeros de clase, al que persiguen todas las tontas del instituto. Nunca creí posible que mi hermana fuera una de ellas... —opinó Jessie, burlándose de los ilusos sueños de amor de Molly.

—No me gusta —declaró Aidan, frunciendo el ceño ante la vista de un perfecto alumno al que él nunca podría llegar a parecerse.

—¿Por qué? Si es perfecto... —cuestionó Molly, demostrándole lo inocente que aún era.

—Porque los hombres perfectos no existen —repuso Aidan categóricamente, arrugando los papeles que tanto reverenciaba su hermana para, a continuación, arrojarlos furiosamente al suelo.

Y, cuando todos creían que la dulce y tímida niña a la que adoraban comenzaría a llorar como siempre hacía cuando veía que sus ilusiones se desvanecían ante sus ojos, Molly los sorprendió a todos gritando a pleno pulmón:

—¡Mamá! ¡Jessie ha suspendido su último examen, Julian y Jordan quieren dejar la universidad y a Aidan lo han despedido del trabajo!

Asombrados, los hermanos, que continuamente con-

fiaban sus problemas a su sabia y dulce hermanita, que siempre les mostraba su más sincero apoyo, vieron cómo cada uno de sus secretos eran vilmente desvelados a la persona que más temían en la vida: su madre.

Danna Peterson no tardó en irrumpir furiosamente en la saturada habitación, fulminó a cada uno de sus hijos con una de sus aterradoras miradas y luego tan sólo gritó airadamente:

—¡Vosotros! ¡A la cocina!

Ése era el lugar indicado para cada una de las disputas familiares que se llevaban a cabo en la familia Peterson.

—¡Pero, mamá, Molly te está engañando! ¡Sólo quiere ir a casa de Elisabeth Lowell para ver a uno de los hermanos de su amiga, del que está encaprichada!

—¿El loco Dan Lowell? —preguntó Danna, temiéndose lo peor al ver el gesto desaprobador de sus hijos.

—No, mamá, a mí el que me gusta es Josh —confesó Molly mientras cogía su saco de dormir y se lo echaba al hombro para acudir a la irrenunciable cita que tenía con el amor de su vida.

—¡Mamá! ¿No tienes nada que decirle? —protestó irritado Aidan mientras veía cómo su hermana pasaba junto a él para ir a casa de su amiga.

—¡A por él! —animó Danna a su hija, consiguiendo que ésta mostrara una bonita sonrisa.

Después de que Molly se fuera, simplemente arrastró a sus celosos vástagos hasta la cocina, donde tendría nuevamente una seria conversación sobre lo que podían y no podían prohibirle a su hermana.

Josh Lowell vivía en el anodino pueblo de Whiterlande, donde, con el paso de los años, muy pocas cosas llegaban a cambiar. Las casas de estilo colonial de dos plantas siempre serían las mismas. Los vecinos, curiosos y cotillas, que constantemente se entrometían en la vida de los demás, siempre estarían allí. E, indudablemente, las peleas de su hermana con el fastidioso vecino del que tanto él mismo como su hermano Dan se habían hecho amigos nunca dejarían de producirse, por más que éstos crecieran y maduraran.

Josh era el mayor de tres, y por tanto, el hijo que siempre debería dar ejemplo a sus hermanos menores. Por un lado estaba Dan, una copia igual que él, con los mismos cabellos rubios e idénticos ojos azules, pero que, al contrario que Josh, al ser un año menor era un joven loco y bastante despreocupado. Y por otro lado estaba Elisabeth, una niña de rizados cabellos rubios, hermosos ojos azules y aspecto muy dulce. Su siempre perfecta hermana pequeña era tres años menor que él, y sería muy aburrida si no fuera porque, desde que el atolondrado de Alan Taylor no dejaba de perseguirla con esas interminables jugarretas que tanto la alteraban, no parecía ser tan perfecta como aparentaba.

Como Josh había sido el primero en nacer, inevitablemente sus padres, John y Sarah Lowell, un atareado agente inmobiliario y una soñadora ama de casa que creía que algún día las novelas que escribía triunfarían, le habían otorgado la carga de convertirse en el noble ejemplo para los pequeños: él debería sacar las mejores notas, ser el mejor deportista y convertirse en un digno modelo para cada uno de sus hermanos.

Algo que nadie en ese pueblo sabía era que Josh había llegado a detestar esa responsabilidad con toda su



alma. Si finalmente había elegido para su futuro la eminente carrera de médico, no era, como todos creían, para que sus padres se sintieran orgullosos de él o porque le gustase ayudar en un futuro a la gente con graves problemas de salud, sino porque la de Medicina era la facultad que más lejos se encontraba de todo ese perfecto y aburrido mundo que lo rodeaba y que ya no podía aguantar más.

Esa tarde, sus padres habían salido a cenar poniendo en sus manos nuevamente una de esas tareas que tanto aborrecía: su querida hermana Elisabeth, de tan sólo quince años, había tenido la brillante idea de invitar a todas sus amigas a una de esas escandalosas fiestas de pijamas. Se suponía que él y su hermano Dan serían los encargados de vigilar que las cosas no se desmadraran hasta que sus padres volvieran, pero, como siempre, Dan se había escabullido ante la mera mención de responsabilidad alguna y se había ido a casa de una de sus novias.

Josh, pensando que de ninguna manera quería soportar el calvario de aguantar a un grupo de locas adolescentes, entre las que se hallaba su hermana, con la única compañía de una cerveza, llamó a su querido amigo Alan, un chico que nunca se negaría a participar en esa estúpida vigilancia. Más aún si en el proceso podía llegar a hacerle la vida imposible a la siempre perfecta Elisabeth, que siempre lo alteraba.

—¿Ha comenzado ya la pesadilla? —preguntó Alan mientras se adentraba en la cocina de los Lowell con una docena de cervezas, sin duda alguna con la idea de quedarse inconsciente antes de que comenzara esa locura.

—No... Al parecer, aún falta alguna que otra invitada al aquelarre —ironizó Josh, mostrándole desde la

entreabierta puerta de la cocina cómo las chicas habían empezado a hacerse ridículos peinados entre ellas mientras contestaban a estúpidos test relacionados con el amor.

—¿No se supone que deberían vestir minúsculos camisones y pelearse con las almohadas o algo así? —inquirió Alan, sin duda decepcionado al ver en lo que consistía una de esas insulsas fiestas de chicas que tan atrayentemente exponían en alguna que otra película para mayores.

—Es la fiesta de Elisabeth, ¿qué esperabas? —respondió Josh, señalando lo evidente, ya que su hermana, cuando no estaba en compañía de su salvaje amigo, podía llegar a ser tremendamente aburrida.

—Tengo una idea para hacer esto más divertido... —declaró Alan, mostrando una de sus malvadas sonrisas mientras explicaba su elaborado plan a su amigo—. ¿Te acuerdas de que hace unos días tu hermana y sus amigas vieron esa película de terror donde, después de siete días de haber visto un vídeo, la muerte venía a por los que lo visionaron? Pues, si no recuerdo mal, hoy se cumplen esos siete días, y aquí traigo un mando maestro, que sirve con cualquier televisor... —anunció Alan, sacando del bolsillo trasero de su pantalón un complicado mando a distancia con decenas de funciones.

—¿Desde cuándo lo tenías planeado? —preguntó Josh sonriendo a su amigo, que siempre lo sacaba de su aburrimiento con sus locuras.

—¿Esta broma? Desde hace una semana. ¿Quién crees que le recomendó a una de las amigas de Elisabeth que vieran esa película justo siete días antes de esta reunión? —declaró orgullosamente Alan.

En vez de molestarse por la trastada que su amigo le

tenía preparada a su siempre perfecta hermana, Josh simplemente alzó su cerveza y brindó con él por el fin de su tedio.

Para desgracia de los dos conspiradores, su maliciosa jugarreta fue interrumpida por la naricilla curiosa de una de las invitadas de Elisabeth que llegaba tarde a la fiesta y se había colado en la casa por la siempre abierta e invitadora puerta de la cocina de los Lowell. Pero ambos jóvenes, hartos de tanto aburrimiento y de la complicada tarea que era cuidar a unas alocadas adolescentes en su preciado tiempo libre, decidieron que nadie osaría estropear sus planes, así que, mientras Alan ultimaba esa fantástica broma, Josh y sus encantos de niño bueno entraron en acción para convencer a la invitada de que sus planes no eran tan maliciosos como se podía llegar a pensar.

Emocionada ante la idea de encontrarme de nuevo con Josh, y después de ver que nadie acudía a abrirme la puerta principal cuando llamé excitadamente, recorrí el patio en busca de la puerta trasera, que daba a la cocina y que, por un motivo u otro, en casa de los Lowell casi siempre permanecía abierta. Cuando me adentré en la estancia apenas me percaté de la presencia de Alan Taylor, a pesar de que éste fuera perseguido por muchas de mis compañeras por su porte atlético, sus bonitos ojos castaños y sus rebeldes y negros cabellos. Yo no tenía ojos para él, ya que el único chico al que veía era mi idolatrado Josh. No me di cuenta de que esos dos planeaban algo delante de mis narices porque simplemente las palabras de Josh y la atención que me dedicó fueron para mí como un sueño que se hacía realidad.

—No te preocupes, yo me encargo —le indicó a su amigo, y yo, ilusamente, pensé que con ello se refería a guiarme hacia la sala donde estaban mis amigas.

Después de recorrer con una de sus miradas mi atrevida apariencia, que sólo vestía para él, Josh me sonrió ladinamente mientras me susurraba al oído:

—Bonito mensaje.

Luego, simplemente cogió mi saco de dormir y me condujo hacia la habitación de Elisabeth, donde supuestamente debía dejar mis cosas. Tras depositar mis pertenencias en un lado estaba tan nerviosa por estar al fin en presencia del hombre que amaba que tropecé torpemente con mis propios pies y caí al suelo. Y, ¡cómo no!, para aumentar mi vergüenza, mis gafas volaron hasta algún rincón que no pude distinguir, ya que sin ellas mi visión era prácticamente nula, y mi pelo terminó de soltarse de mi elaborado recogido, quedando completamente suelto y mostrando con ello dos de mis mayores defectos, que siempre me dejaban avergonzada: mi vista de topo y mi pelo llamativamente rojo.

Frustrada, tanteé el suelo intentando dar con las gafas, pero mis manos se detuvieron cuando toparon con las de Josh, quien me tranquilizó con sus palabras, susurradas sensualmente a mi oído, haciéndome enrojecer y potenciando con ello el llamativo color rojo de mis cabellos.

—No te preocupes, he encontrado tus gafas. ¿De verdad no ves nada sin ellas? —me preguntó maliciosamente, apartándose de mi lado.

—No —contesté, tratando de adivinar dónde estaba él, ya que enfrente de mí sólo veía borrones.

Creí que me devolvería las gafas de inmediato como cualquier buen chico habría hecho, pero mientras espe-

raba a que eso ocurriera sentí cómo tocaba mis rojos cabellos e incluso creí percibir cómo los besaba con una licenciosa sonrisa mientras me declaraba:

—Nunca he visto unos cabellos de este color.

Estuve tentada de decirle que eso era mentira, ya que él y yo ya nos habíamos encontrado con anterioridad, pero mis palabras se perdieron cuando oí unas atrevidas palabras de labios del hombre al que amaba.

—¿Te han besado en alguna ocasión, pequitas? —preguntó mientras acariciaba las llamativas pecas de mi rostro hasta alzarlo—. Pues claro que no... —se contestó a sí mismo sin esperar mi respuesta para, a continuación, convertir uno de mis adorados sueños en realidad cuando sus labios tocaron dulcemente los míos.

Sin embargo, mi primer beso no fue como yo había imaginado. El dulce beso dado por un hombre educado y perfecto no tardó en convertirse en arrollador cuando sus dientes mordieron suavemente mi labio inferior, haciendo que mi boca se abriera más a sus avances y su lengua inundó mi boca buscando la mía y exigiéndome algo que yo desconocía. Intenté alejarme de la abrasadora pasión que comenzó a embargarnos, pero él, ese hombre perfecto que debería permitir que me alejara de su lado, no lo consintió. Y, cogiendo fuertemente mis cabellos, me acercó a su cuerpo hasta sentarme en su regazo para que notara la evidencia de su deseo.

Cuando comenzaba a pensar que Josh no me soltaría nunca, ya que mi cuerpo empezaba a rendirse ante sus besos, porque ése, en definitiva, era el hombre al que yo amaba, las luces de la casa se apagaron dejándonos a oscuras. Por suerte, él, siempre previsor, guardaba una linterna en uno de sus bolsillos, y tras volver

a colocar las gafas en mi rostro como si nada hubiera pasado entre nosotros, me guio hacia el salón, donde todas las chicas se reunían junto al gran televisor, en el que en esos momentos, y pese a que la luz aún no había vuelto, se mostraba la imagen de un oscuro, horrendo y terrorífico personaje que se dirigía a ellas.

Las chicas gritaron como posesas, y yo me quedé paralizada hasta que me fijé en que solamente algunas de las zonas de la casa habían sido desprovistas de electricidad, seguramente con la idea de gastar alguna broma pesada, y el salón no era una de ellas. Estaba a punto de gritar a mis amigas que todo era un simple montaje cuando Josh tapó mi boca a la vez que me retenía a su lado.

—¡Espera! Aún no has visto lo mejor... —comentó maliciosamente a mi oído mientras el mismo personaje que segundos antes había aparecido en la pantalla se mostraba ahora ante mis nerviosas amigas.

Ya que Alan Taylor no se hallaba en ese instante en el salón y tampoco junto a nosotros, deduje que el siniestro monstruo no era otro que él mismo disfrazado. Para su desgracia, Elisabeth nunca permitía que nadie interrumpiera sus reuniones de chicas, así que, armada con una adorable zapatilla rosa de conejitos, se abalanzó decididamente contra el individuo, importándole muy poco lo aterrador que éste pudiera llegar a ser. Inevitablemente, sus inestimables amigas se unieron a ella con la idea de salvarla.

Mientras contemplaba esa escena oí las escandalosas carcajadas de Josh a mi espalda y sentí cómo al fin dejaba de silenciar mis labios. Me volví asombrada por su reprochable comportamiento, que nada tenía que ver con su apariencia de perfección, y mi privilegiada mente no

pudo evitar pensar en la posibilidad de que mi primer beso sólo se había tratado de una simple distracción para que no interrumpiera su divertimento.

Sin embargo, las desconcertantes palabras que susurró a mi oído a continuación me sacaron de mi error, porque con ellas me indicó que, aunque desde el principio se hubiera comportado como si no recordara nuestro primer encuentro, él, como yo, no había podido olvidarlo:

—Por tu bien, deja de perseguirme, pequitas: no soy tan perfecto como todos creen...